

Revisando el concepto de movimiento social¹

Mario Diani (University of Trento e ICREA-UPF Barcelona)

mario.diani@unitn.it



IMAGEN: Activistas de La Radical Gai en una protesta antimilitarista. Fuente: 20 retratos de activistas y artistas queer de la Radical Gai, LSD y RQTR en el Madrid de los '90 (Andrés Senra. ¿Archivo Queer?. MNCARS).

Mario Diani es profesor-investigador en el ICREA (Institutió Catalana de Recerca i Estudis Avançats) de la Universidad Pompeu Fabra, y profesor de sociología de la Universidad de Trento. Autor de numerosos libros y artículos, ha sido miembro del consejo editorial de diversas publicaciones y editor de *Mobilization* (1997-2005). Sus obras, tanto en solitario como con Donatella della Porta (por ejemplo *Los movimientos sociales*. 2011. Madrid, CIS), es una referencia obligada para el estudio de los movimientos sociales.

El texto que presentamos a continuación actualiza un artículo fundamental en la trayectoria de Diani y en el campo de los estudios sobre movimientos sociales "El concepto de movimiento social" (1992). A través del análisis de las definiciones ofrecidas por los principales autores dentro de esta subdisciplina, teje los elementos de continuidad entre ellas para intentar sacar a la luz un debate negado, la definición sólida del concepto *movimiento social*, y los límites frente a términos semejantes como grupos de interés, coaliciones, subculturas o eventos y protestas de acción colectiva. Veinte años después, se identifica como, aunque los modelos históricos de movimiento social parecen encontrarse en declive, la reflexión terminológica aún se plantea como un ejercicio fundamental para los investigadores de este campo.

1. (N. de E.) Este texto se plantea como una revisión actualizada del artículo "The Concept of Social Movement" publicado en 1992 en la *Sociological Review* (Diani, 1992). Traducción y adaptación de Jesús Casquete (Universidad del País Vasco), David Prieto y María Ramos (Comité Editorial de Encrucijadas).

1. Introducción

Hace más de veinte años publiqué un artículo titulado "The concept of social movement" ("El concepto de movimiento social"). Como punto de partida sostenía que los estudios sobre movimientos sociales habían proliferado enormemente durante los años precedentes pero sin ningún tipo de discusión acerca del concepto de "movimiento social" (Diani, 1992). Esta misma afirmación en gran medida podría mantenerse hoy, casi un cuarto de siglo después. Por un lado, porque la investigación en el campo de los movimientos sociales ha crecido exponencialmente, como reflejan los numerosos manuales y diccionarios dedicados recientemente a esta materia (*e.g.*, Snow *et al.*, 2004b; Snow *et al.*, 2013; Della Porta y Diani, *en prensa*). Y por otro lado, porque existe aún una considerable variedad de enfoques mediante los que se interpretan y conceptualizan los movimientos sociales. No sólo eso: los intentos de definir de manera relativamente precisa las características definitorias de los movimientos sociales se siguen viendo con suspicacia. Esta actitud es compartida tanto por aquellos que consideran que trabajar sobre conceptos es parte de una estrategia para construir un canon intelectual (y, de hecho, político) opresivo en el estudio de los movimientos sociales (*e.g.*, Cox y Fominaya, 2013), como por el núcleo central de los representantes de el canon en sí mismo, que aceptan de buen grado que los movimientos sociales pueden tomar innumerables formas específicas (Snow *et al.*, 2004a).

Puedo comprender el origen de estas críticas. Sin duda es cierto que la reflexión y teorización sobre los movimientos sociales no se restringe en modo alguno a los "estudios de los movimientos sociales" tal como se definen en términos académicos, sino que ha permeado en corrientes mucho más amplias de la teoría social (*e.g.*, Eder, *en prensa*). No obstante, la peculiaridad de los estudios académicos sobre movimientos sociales tal y como se han desarrollado en los últimos años, también en Europa y no sólo en los Estados Unidos (*e.g.*, Diani y Cisar, 2014), ha sido el empeño en vincular sistemáticamente la teoría y la exploración empírica de una forma que teóricos sociales muy interesantes y sugerentes como Negri apenas han hecho. Por otro lado, la falta de atractivo del trabajo conceptual para los "titulares del canon" podría tener que ver con dos aspectos: el hecho de que los "movimientos sociales" se han considerado siempre como sinónimos de "acción colectiva"; y el hecho de que para muchos analistas de ideología progresista el término "movimiento social" conlleva un significado normativo positivo: se presenta como forma de acción más abierta, descentralizada e inclusiva que las organizaciones burocráticas; y al mismo tiempo sugiere una mayor capacidad de actuación sostenida a lo largo del tiempo que expresiones como "campaña sobre una cuestión concreta" o "acción comunitaria en línea".

Aunque pueden tener cierto fundamento, creo que hay razones para afirmar que todas estas críticas no dan motivos suficientes para desestimar el trabajo conceptual en su conjunto. Comparto el punto de vista de que los conceptos constituyen la piedra angular de todo intento de teorización (Sartori, 1984). Por tanto, todo intento de síntesis de los diferentes enfoques, o en realidad cualquier intento de conversación entre investigadores, corre el riesgo de desbaratarse si no se presta la suficiente

atención a la definición de conceptos. Precisamente la motivación del artículo publicado en 1992 era el reconocimiento de que fenómenos sociales y políticos tan heterogéneos como las revoluciones, las sectas religiosas, las organizaciones políticas o las campañas sobre un único asunto, eran definidos como movimientos sociales (Diani, 1992: 2). Ciertamente, puede afirmarse que el desarrollo del enfoque de la "*contentious politics*" (McAdam, Tarrow y Tilly 2001; Tilly y Tarrow, 2007) ha proporcionado un marco teórico más amplio en el que pueden situarse diferentes formas de acción colectiva y ha desalentado la tendencia a tratar al "movimiento social" como categoría residual a la que asociar cualquier instancia de acción colectiva política que no puede inscribirse bajo las etiquetas de "partido" o "grupo de interés". Con todo, creo que este desarrollo ha desviado la atención respecto a la peculiaridad de los movimientos sociales frente a otras formas de acción en lugar de refinar el concepto el propio concepto (Diani, 2003).

Hasta los años 90, la ausencia de una discusión sobre el concepto de *movimiento social* se solía atribuir a la heterogeneidad e incompatibilidad entre los diferentes enfoques, que habría hecho imposible todo intento de síntesis. En contraste con este punto de vista, en mi artículo identificaba una continuidad histórica entre los análisis de los movimientos sociales elaborados por las diversas tradiciones intelectuales. Los elementos comunes a las diferentes "escuelas" apuntaban a los movimientos sociales como una dinámica social específica lógicamente relacionada con las mencionadas más arriba, aunque, eso sí, distinta. Consistía en un proceso por el que los diferentes actores, ya fueran individuos, grupos informales y/o organizaciones elaboraban, por medio de una acción conjunta y/o de comunicación, una definición compartida de sí mismos que los situaba en el mismo lado en un conflicto social. Al hacerlo, daban sentido a acciones de protesta o prácticas simbólicas antagónicas que de otro modo permanecerían inconexas, y hacían explícita la emergencia de conflictos y temas específicos. Los movimientos sociales eran definidos como "redes de interacción informal entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones, envueltos en un conflicto político y/o cultural, sobre la base de una identidad colectiva compartida" (Diani, 1992: 3).

Con el tiempo he perdido interés en señalar los elementos comunes entre las diferentes corrientes dentro de la teoría de los movimientos sociales, y me he interesado en mayor medida por las peculiaridades analíticas de los movimientos sociales como una dinámica social particular. Es más, en la actualidad las teorías en las que se centraba el artículo (comportamiento colectivo, movilización de recursos, proceso político o los nuevos movimientos sociales) ya no representan perspectivas autónomas e independientes: ya sea porque se han subsumido en paradigmas más amplios, como la teoría de la "*contentious politics*" (es el caso de la perspectiva de la movilización de recursos o la teoría del proceso político) o porque se han desestimado en detrimento de paradigmas alternativos, como por ejemplo el que se centró en el papel de las emociones (Goodwin *et al.*, 2001; Flam, *en prensa*). Sin embargo, todavía puede ser fructífero hacer referencia a la discusión que se planteaba entonces, ya que las preguntas básicas a las que me refería siguen siendo válidas (della Porta y Diani, 2006: cap. 1). Desarrollaré mi argumentación de la siguiente manera. A continuación se introducen definiciones propuestas por analistas clásicos de los movimientos sociales. Seguidamente se

identifican y discuten tres sub-componentes del concepto. Finalmente, en la última sección sitúo el concepto de *movimiento social* en el contexto de una tipología más amplia de las "formas de coordinación" de la acción colectiva (Diani, 2012; 2013; 2015).

2. Visiones de los movimientos sociales en la teoría de los movimientos sociales

Esta discusión se centrará en los puntos de vista elaborados por Ralph Turner y Lewis Killian, John McCarthy y Mayer Zald, Charles Tilly, Alain Touraine y Alberto Melucci. Este grupo de investigadores puede ser considerado como representativo de las cuatro corrientes principales en los análisis de los movimientos sociales hasta la década de los ochenta: la perspectiva del "comportamiento colectivo" (Turner y Killian), la "teoría de la movilización de recursos" (TMR), la perspectiva del "proceso político", y la aproximación de los nuevos movimientos sociales (NMS) (Touraine, Melucci). Omitiré el examen exhaustivo de las diferentes "escuelas" (e.g., Crossley 2002; Buechler 2000). No obstante, aportaré algunas ideas al discutir los planteamientos de los autores mencionados.

Turner y Killian definían los movimientos sociales como un tipo peculiar de acción colectiva que contrastaba con el comportamiento "organizativo" e "institucionalizado" (1987: 4). A pesar de estos rasgos, la acción colectiva sin embargo no podía ser vinculada automáticamente a la falta de organización o a un comportamiento irracional. Por el contrario, tal y como sugería la teoría de la norma emergente, el comportamiento colectivo representaba un principio organizativo más relajado. Turner y Killian definían un *movimiento social* como "una colectividad que actúa con cierta continuidad para promover o resistirse a un cambio en la sociedad o en la organización de que forma parte". En tanto que colectividad, un movimiento es para ellos "un grupo con participación indeterminada y variable, con un liderazgo cuya posición está determinada más por la respuesta informal de los adherentes que por procedimientos formales de legitimación de la autoridad" (1987: 223). Los movimientos sociales "no necesariamente o típicamente se circunscriben a las organizaciones del movimiento [incluso, aunque estas] llevan a cabo la mayor parte del trabajo dentro de los movimientos y a menudo intentar tomar el control o hablar en nombre de los movimientos" (Turner, 1988: 5).

Por su parte, la diferencia de la TMR con Turner y Killian, así como con otros enfoques de comportamiento colectivo, es que concedía mayor atención al papel que juegan los factores organizativos en los movimientos sociales. Así, Zald y McCarthy definían a los movimientos sociales de un modo no muy distinto al de Turner y Killian, esto es, como "un conjunto de opiniones y creencias que representan preferencias de cambio de ciertos elementos de la estructura social y/o de la distribución de recompensas en una sociedad". Y un contramovimiento consistía en un conjunto de opiniones y creencias en una población que se opone a un *movimiento social* (McCarthy y Zald, 1977: 1217-18). Sin embargo, su mayor preocupación reside en el estudio de las condiciones bajo las cuales las creencias se podían traducir en acción. Desde esta perspectiva, se

necesitaban tanto líderes con experiencia política previa como organizaciones fuertes y profesionalizadas. También se subrayaban las condiciones que facilitaban la aparición de *organizaciones de movimientos sociales* (OMS), así como la dinámica de cooperación o competición entre ellas (Zald y McCarthy, 1980). La existencia de interacciones entre movimientos sociales se reflejaba en la noción de "sectores de un movimiento social". Desde este punto de vista, las organizaciones de un movimiento social no son actores aislados, sino que más bien tendían a interactuar con otras organizaciones incluso cuando eran incapaces de desarrollar formas de coordinación habituales. Y lo que es más, las bases sociales de los movimientos sociales se solapaban de modo significativo.

En lugar de centrarse en los recursos organizativos, Tilly (1978; 1994) vinculaba la emergencia de los movimientos sociales a un amplio "proceso político", donde los intereses excluidos intentaban tener acceso a la política establecida. Tilly analizaba este proceso desde una perspectiva histórica, estableciendo las fases de conflicto intenso en la historia contemporánea y trazando los cambios en los repertorios de acción colectiva. En contraste con McCarthy y Zald, enfatizaba la dinámica general que determinaba la agitación social y sus características, en lugar de destacar la idea de movimientos sociales como actores específicos organizados. Esta perspectiva teórica se reflejaba en la definición de movimientos sociales como "series continuas de interacciones entre los detentadores del poder e individuos que reclaman con éxito hablar en nombre de un sector de la sociedad carente de representación formal, en el curso de la cual estas personas realizan públicamente demandas de cambio en la distribución o ejercicio del poder, y respaldan estas demandas con manifestaciones públicas de apoyo" (Tilly, 1984: 303). Es decir, los movimientos sociales eran vistos como entidades organizadas, con continuidad en el tiempo y portadoras de cambios reflexivos, lo que implicaba una identidad compartida entre los participantes.

En el enfoque de los NMS, por su parte, se intentaba poner en relación a los movimientos sociales con los cambios culturales y estructurales a gran escala. El más destacado defensor de esta posición era Alain Touraine, que relacionaba los movimientos sociales con el conflicto dominante en una determinada sociedad. Para él "un movimiento social es el comportamiento colectivo organizado de un actor de clase luchando contra su adversario de clase por el control social de la *historicidad* en una comunidad dada" (Touraine, 1981: 77). La historicidad a la que aludía consistía en el "sistema general de significado que fija las reglas dominantes en una sociedad dada" (Touraine, 1981: 81). En la sociedad industrial, el conflicto central enfrentaba a capital y trabajo; en la "sociedad programada" los tecnócratas se enfrentaban a profesionales e intelectuales críticos. El resto de los conflictos que tenían lugar en una sociedad dada (por ejemplo, los conflictos por la redistribución de recursos) o durante la transición de una sociedad a otra (por ejemplo, el conflicto nacional) estaban subordinados al conflicto central, el único donde se podía hablar propiamente de movimientos sociales. Para otros conflictos eran más convenientes etiquetas como las de "submovimientos", "movimientos comunitarios" o "movimientos nacionales".

Dos aspectos del análisis de Touraine resultan especialmente útiles para entender mejor su definición de los movimientos sociales. El primero se refiere a la idea de un

movimiento social como la "combinación de un principio de identidad, un principio de oposición y un principio de totalidad" (Touraine, 1981: 81), donde los actores sociales se identifican a sí mismos, a sus oponentes sociales y a los temas en conflicto. Una combinación como ésta, o un proceso de "formación de la identidad" puede, de hecho, ser detectada en cualquier aspecto del comportamiento social, pero los movimientos sociales se distinguen más bien, como ya hemos visto, en relación a aspectos conflictivos, y a la historicidad, más que a las "decisiones institucionales o normas organizativas" en una sociedad. El segundo aspecto relevante se refiere a la rica variedad de creencias y orientaciones en los movimientos sociales. La metodología de Touraine de la "intervención sociológica" tiene la intención de reconstruir estas orientaciones, así como ayudar a los actores del movimiento a conseguir una mejor comprensión de sus propias acciones.

Alberto Melucci, por el contrario, no estaba tan interesado como Touraine en distinguir el núcleo de conflicto de la sociedad post-industrial contemporánea, a pesar de que coincidiera con él en que estos conflictos estaban más presentes en las esferas cultural y simbólica. En su lugar, Melucci proponía una definición de los movimientos sociales como un tipo específico de fenómeno colectivo que incluye tres dimensiones: "una forma de acción colectiva que implica solidaridad, [...] que está inmersa en un conflicto, y por lo tanto en oposición a un adversario que demanda los mismos bienes o valores, [...] y que rompe los límites de compatibilidad del sistema que éste puede tolerar sin alterar su estructura" (Melucci, 1989: 29). Es decir, según Melucci los movimientos sociales no se diferenciaban tanto de los conflictos políticos "visibles". De hecho, la acción pública es para él tan sólo una parte de la experiencia de los movimientos sociales. Incluso aunque no estuvieran comprometidos en campañas ni en movilizaciones, los movimientos sociales podían permanecer activos en la esfera de la producción cultural. Algunos movimientos volcados en el campo cultural podían movilizarse ocasionalmente en el nivel político. Sus actividades se desarrollaban en gran parte en "áreas de movimiento", es decir, en las redes de grupos e individuos que comparten una cultura conflictiva y una identidad colectiva, o, en sus propios términos, en "multitud de grupos dispersos, fragmentados y sumergidos en la vida cotidiana, y que actúan a modo de laboratorios culturales" (Melucci, 1989: 60).

3. Definición de "movimientos sociales"

Cada una de las definiciones de *movimiento social* analizadas en "The concept of social movement" (Diani, 1992) se centraban en tres aspectos: a) las redes de interacción informal, b) las creencias compartidas y la solidaridad, y c) la acción colectiva en torno a temas conflictivos.

Redes de interacción informal

La existencia de interacciones informales que afectan a individuos, grupos y organizaciones estaba ampliamente reconocida. Touraine subrayaba la visión de los movimientos sociales como actores colectivos donde las organizaciones, al afirmar que "los individuos y los grupos desempeñan todos un papel" (1981: 150). Incluso

para aquellos que enfatizan el "conjunto de opiniones y creencias", la conversión de estas ideas en acción requería de la interacción entre organizaciones de movimiento social específicas, militantes, adherentes y espectadores públicos (McCarthy y Zald, 1977: 1223). La interacción se subraya aún más en conceptos como el de *sector de movimiento social*, o el de *contexto de micromovilización*. Definido como cualquier contexto de grupo pequeño en el que procesos de atribución colectiva se combinan con formas rudimentarias de organización para dar lugar a la movilización por la acción colectiva (McAdam, 1988), el concepto de "contexto de micromovilización" modificaba la concepción jerárquica de relaciones entre militantes y organizaciones de movimiento social, propuesta por los teóricos de la movilización de recursos en sus formulaciones iniciales, lo que conducía a una perspectiva más consistente con nociones como la de "áreas de movimiento social" propuesta por Melucci.

Las características de estas redes pueden ir desde los vínculos difusos y dispersos descritos por Gerlach (1971) en su trabajo pionero, a las redes altamente cohesionadas que posibilitan la adhesión a organizaciones terroristas. Dichas redes facilitan la circulación de recursos esenciales para la acción (información, cualificación profesional, recursos materiales) así como de sistemas de significado más amplio. De este modo, las redes contribuyen a crear las precondiciones para la movilización (que es lo que más ha subrayado la TMR) y para proporcionar el contexto adecuado para la elaboración de cosmovisiones y estilos de vida específicos (tal y como han sido descritos por Melucci).

A pesar de sus diferentes énfasis, estas definiciones coincidían en reconocer la pluralidad de actores implicados en los movimientos sociales y la informalidad de los lazos que vinculan a unos con otros. Una definición sintética de este aspecto del concepto de *movimiento social* podía quedar formulada como sigue: *un movimiento social es una red de interacciones informales entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones*.

Creencias compartidas y solidaridad

Para que sea considerada un movimiento social, una colectividad en interacción requiere una serie de creencias compartidas y un sentimiento de pertenencia. Los distintos autores hacían referencia a "una serie de opiniones y creencias" (McCarthy y Zald); "solidaridad" (Melucci) o "identidad" (Touraine, Melucci, Tilly). Turner y Killian destacaban la continuidad de los movimientos sociales, que descansa sobre la "identidad de grupo" y las "ideologías". En este contexto, la identidad y la ideología eran definidas en el sentido amplio del término, lo que los convierte en conceptos afines al de conjunto de creencias. La identidad colectiva y la solidaridad podían ser consideradas como sinónimos en este contexto, puesto que era difícil pensar en la primera sin la segunda, es decir, en un sentimiento de pertenencia sin que viniera acompañado de solidaridad, o de la percepción de un destino común a compartir.

La definición propuesta por McCarthy y Zald era diferente. Su noción de movimiento social como "una serie de opiniones y creencias" no implicaba necesariamente la presencia de sentimientos compartidos de pertenencia. Sin embargo, su trabajo siguiente, y en particular el énfasis puesto en el papel de los "contextos de micro-movilización"

y de los "procesos de alineamiento", pone de manifiesto su preocupación creciente por los procesos interactivos de mediación simbólica que mantienen el compromiso de los individuos. La identidad colectiva es un problema de definición tanto interna como externa. Los actores deben, por un lado, definirse a sí mismos como parte de un movimiento más amplio y, al mismo tiempo, ser percibidos como tales por todos aquellos que participan en el mismo movimiento y por los oponentes y/o observadores externos. En este sentido, la identidad colectiva desempeña un rol fundamental en definir los límites de un movimiento social. Sólo aquellos actores que comparten las mismas creencias y un sentido de pertenencia pueden formar parte de un movimiento social. Sin embargo, la "identidad colectiva" no significa homogeneidad de ideas y orientaciones entre las distintas redes del movimiento social. Se puede presentar una gran variedad de concepciones diferentes, pudiendo estallar conflictos entre facciones en cualquier momento. Por tanto, la construcción y preservación de la identidad de un movimiento social implica un proceso continuo de "realineamiento" y de "negociación" entre los actores del movimiento.

La existencia de creencias compartidas y de solidaridad permite tanto a los actores como a los observadores asignar un significado específico a acontecimientos colectivos que de otro modo no podrían ser identificados como parte de un proceso común. Es a través de este "proceso estructurador" como se hace evidente la presencia de un movimiento social diferenciado, así como de la aparición de temas asociados a ese movimiento. En efecto, los movimientos sociales condicionan y sirven para elaborar nuevas orientaciones sobre temas ya existentes y también a la emergencia de otros nuevos, en la medida en que contribuyen a la "existencia de un vocabulario y una apertura de ideas y acciones que en el pasado eran bien desconocidas o inconcebibles". El proceso de formación de la identidad no puede ser aislado del proceso de redefinición simbólica de lo que es real y posible. Además, dicha identidad colectiva puede sobrevivir aún cuando no tenga lugar ningún tipo de actividad pública, tales como manifestaciones, por ejemplo, proporcionando así cierta continuidad al movimiento a lo largo del tiempo.

Considerando estas características, es posible definir la segunda componente del concepto de movimiento social como sigue: *Los límites de una red del movimiento social son definidos por la identidad colectiva específica compartida por los actores en interacción.*

Acción colectiva en torno a temas conflictivos

Algunos de los puntos de vista ofrecidos hasta ahora ponían un énfasis especial en el conflicto como un componente central del concepto de movimiento social (Touraine, Melucci, Tilly). Otros autores destacaban que los movimientos sociales se definen a sí mismos en referencia a los procesos de cambio social (Turner y Killian, McCarthy y Zald). Sin embargo, incluso estos últimos autores reconocían que en tanto que promotores u opositores al cambio social, los movimientos sociales se ven envueltos en relaciones conflictivas con otros actores (instituciones, contramovimientos, etc.). Si bien existía un amplio consenso en torno al hecho de que el conflicto es una característica central de un movimiento social, la misma noción de conflicto era entendida de muy diversas maneras

por los diferentes autores. Touraine afirmaba que el concepto de "movimiento social" se aplica tan sólo a conflictos en los que se lucha por la historicidad, mientras que otros utilizan el término de un modo menos preciso e inclusivo. Melucci consideraba como acciones típicas de los movimientos sociales sólo aquellas que alteran el mecanismo de dominación sistémica, mientras que los autores americanos tendían a incluir bajo este título cualquier acontecimiento de protesta, incluidos los referidos a temas que pueden ser negociados. Por último, algunos autores consideraban como movimientos sociales las redes de acción colectiva exclusiva o principalmente orientadas hacia el cambio cultural y personal (Melucci y Turner y Killian), mientras que otros se centraban en los actores que operan en la esfera política (Tilly, McCarthy y Zald).

Una mirada más atenta, sin embargo, demuestra que estas diferencias eran más aparentes que reales. Ya hemos visto que, al analizar otros tipos de conflictos distintos a los relativos a la historicidad, Touraine añadía distintos adjetivos a la etiqueta de "movimiento" (p.e., nacionalistas, comunitarios, culturales). De modo similar, Melucci hacía una distinción entre los movimientos sociales, que son los que operan a nivel del sistema, y otros tipos de acción colectiva. Por ejemplo, se refería a la "acción conflictiva", designando así un tipo de comportamiento que conlleva cierto grado de identidad colectiva y la presencia de un conflicto, pero que no rompe los límites de compatibilidad del sistema. En otras palabras, Touraine y Melucci utilizaban el término de "movimiento social" para identificar una categoría específica de fenómenos dentro de una categoría más amplia de "movimientos", en tanto que otros autores usaban el término para referirse a movimientos de cualquier tipo.

Otra supuesta fuente de inconsistencia radicaba en las concepciones que se centraban, por un lado, en los movimientos políticos y, por otro lado, las concepciones que destacaban cómo los movimientos sociales están a menudo también comprometidos en conflictos culturales. Autores como Melucci (1989) defendían que la mayor parte de la experiencia de los movimientos sociales se encuentra en la esfera cultural; lo que se cuestiona no es sólo la distribución desigual de poder y bienes económicos, sino que también se desafían los significados socialmente compartidos; el modo de definir e interpretar la realidad. Los movimientos sociales tienden a concentrarse cada vez más en la auto-transformación. Los conflictos emergen en aquellas áreas previamente consideradas típicas de la esfera privada, incluyendo por ejemplo problemas de auto-definición e inversiones en los estilos de vida dominantes. La diferencia con aquellos que insistían en la dimensión política de los movimientos, como McCarty y Zald y Tilly, era innegable. No obstante, se trataba de una diferencia de énfasis más que de conceptualizaciones incompatibles de lo que es un movimiento social. De hecho, la existencia de movimientos culturales nunca había sido negada ni por los teóricos de la movilización de recursos, que hablaban de movimientos de "cambio personal" (Zald y Ash, 1966), ni por los defensores de la perspectiva del "proceso político", como por ejemplo Tilly (1984), que mencionaban a los "movimientos religiosos".

La conveniencia de incluir a los movimientos políticos y a los culturales dentro de una categoría amplia de movimiento social conduce pues a la tercera componente del concepto: "Los actores de los movimientos sociales están comprometidos en conflictos

políticos y/o culturales, con la intención de promover u oponerse al cambio social, bien sea al nivel sistémico o al no sistémico". Esta discusión proponía la siguiente definición sintética del concepto de movimiento social (Diani, 1992: 13): "Un movimiento social es una red de interacciones informales entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones, comprometidos en un conflicto político y cultural, y sobre la base de una identidad colectiva compartida".

4. Veinte años después: movimientos, ámbitos y formas de coordinación

Mediante la reconstrucción del concepto de movimiento social intento señalar los elementos de continuidad entre las diferentes posiciones teóricas, más que los de divergencia (que, por cierto, eran –y todavía son– los más conocidos). Desde aquel momento, a lo largo de estas décadas, se ha desarrollado un creciente consenso sobre el hecho de que los movimientos sociales no pueden identificarse con ninguna organización específica, independientemente del nivel de su radicalidad o naturaleza anti-sistema. Por el contrario, se conciben en mayor medida como sistemas complejos y básicamente inestables de interdependencia entre una multiplicidad de actores, entre los que se incluyen individuos, grupos independientes y organizaciones formales. Esta identificación, en paralelo al crecimiento del enfoque de la "*contentious politics*", ha llevado a muchos de los analistas de los movimientos sociales a prestar una mayor atención al concepto de "ámbitos de la acción colectiva" (*fields of collective action*)².

Para identificar las diferentes lógicas de acción colectiva que se pueden encontrar dentro de cualquier ámbito (*field*), en la Tabla 1 sitúo mi definición original de *movimientos sociales* dentro de una conceptualización más amplia de "formas de coordinación" (*modes of coordination*) de la acción colectiva (Diani, 2012; 2013; 2015). Por "formas de coordinación" entiendo aquellos patrones relacionales a través de los cuales se proporcionan respuestas a dos dilemas básicos de la acción colectiva, la toma de decisiones relativa a los asignación de recursos, y la definición de los límites para una determinada colectividad (Diani, 2015: cap. 1). Las decisiones relativas a determinar el mejor uso de los recursos disponibles se pueden tomar o bien dentro de los límites de organizaciones o grupos específicos, o bien a través de negociaciones sistemáticas entre una multiplicidad de actores que están presentes en el mismo ámbito organizativo.

De igual modo, la definición de sus límites y la identidad colectiva resultante puede estar centrada en organizaciones específicas, con participantes de la acción colectiva que dirigen sus lealtades y su sentido de pertenencia a actores distintivos; o puede también implicar una identificación significativa y solidaria entre colectivos más amplios. Como se verá a continuación (Tabla 1), diferentes combinaciones de las respuestas a estos aspectos básicos definen formas distintivas de coordinación. La especificidad de las formas de coordinación propias de un **movimiento social** se da principalmente a partir de la combinación de redes densas de distribución de recursos entre organizaciones, y procesos de definición de límites entre la misma pluralidad de actores. Entre los propios movimientos sociales existirán algo más que redes de alianzas y colaboraciones.

2. Véase por ejemplo, Armstrong (2002), Mische (2008), Fligstein y McAdam (2012) o Krinsky y Crossley (2014).

Por supuesto, las organizaciones involucradas en una dinámica de movimiento compartirán tanto recursos materiales como simbólicos de cara a promover campañas más efectivas, y estarán estrechamente ligadas entre sí. Pero además, y muy importante, se identificarán todas ellas como una parte de un actor colectivo más amplio, cuyas metas y existencia no puede limitarse a las fronteras de una protesta o campaña específica. La existencia de una identidad colectiva que une a unas organizaciones con otras hace posible que estas se sientan parte del mismo esfuerzo colectivo, incluso cuando acaben las acciones específicas o se desarrollen más acciones conjuntas sobre esa base. De igual modo, esta es sólo una de las diversas formas de coordinación que se encuentran habitualmente en los campos de acción colectiva. A continuación las examinaremos someramente en la siguiente tabla.

Tabla 1. Una tipología de formas de coordinación de la acción colectiva

		<i>Definición de los límites</i>	
		Todo el ámbito organizativo	Actores específicos dentro del ámbito organizativo
<i>Asignación de recursos</i>	Todo el ámbito organizativo	Movimiento social	Coalición
	Actores específicos dentro del ámbito organizativo	Subcultura/ Comunidad	Organización

Fuente: Adaptación de Diani (2012).

Las formas de coordinación de las **coaliciones** a menudo, y por buenas razones, se confunden con la dinámica de los movimientos sociales. En ambos casos las organizaciones se involucran en intercambios de colaboración con grupos densos con inquietudes similares abordando temas específicos (van Dyke y McCammon, 2010). Sin embargo, en un proceso de coalición los vínculos entre organizaciones no necesariamente provienen de, o acaban generando, lazos identitarios entre las organizaciones involucradas. Las alianzas y colaboraciones son más bien impulsadas principalmente por una lógica instrumental. Los eventos específicos no estarán insertos en narrativas de mayor cobertura por parte de los actores, que podrían asignarles un significado más amplio y hacerlos parte de una serie continua de acciones. Las coaliciones pueden ser de corta duración, mientras que los movimientos implican una serie de interacciones

sostenidas entre los contendientes (*challengers*) y quienes detentan el poder (*power-holders*), pero no únicamente, sino también entre los contendientes (Tilly y Tarrow, 2007: 114; Diani *et al.*, 2010).

También debemos tener en cuenta que gran parte (probablemente la mayoría) de la acción colectiva en realidad adopta otras formas en las que la colaboración entre organizaciones no es particularmente relevante. Cuando se lleva a cabo principalmente dentro de las fronteras de una **organización** específica (ya sea una secta, un partido revolucionario o un grupo de interés público o privado), es difícil hablar de movimientos sociales. Si las organizaciones interesadas en los mismos temas entendidos en un sentido amplio no están involucradas en colaboraciones profundas y tampoco comparten ninguna identidad específica, algunos de los rasgos más visibles y distintivos de la experiencia de los movimientos sociales no están presentes. En esos casos, las formas de coordinación propias de la organización serán las que prevalezcan, como grupos y asociaciones que se centran tanto en el fortalecimiento de su estructura como en su identidad y tratan de asegurar el control de los asuntos o subconjuntos de asuntos específicos. Las colaboraciones con otros grupos por tanto serán relativamente poco habituales y, lo más importante, dispersas en una amplia gama de diferentes organizaciones. No habrá agrupaciones fuertemente conectadas de organizaciones que comparten intereses similares, ni tampoco se desarrollará entre las diferentes organizaciones un sentimiento fuerte de identidad colectiva.

También vale la pena señalar que en muchos casos las organizaciones sólo juegan un papel limitado en la promoción de la acción colectiva, como ocurre cuando la acción se da a través de lo que he definido como **modo comunitario / subcultural** de coordinación. Es decir, la acción colectiva puede tener lugar en contextos en los que la colaboración entre organizaciones es poco frecuente, pero en los que sea fuerte la solidaridad mutua entre los actores y el sentido compartido de identidad con una causa determinada. Esto puede ocurrir por varias razones: o bien porque los actores en cuestión estén poco interesados en la creación de organizaciones y en el trabajo necesario para desarrollar y mantener coaliciones eficaces; o bien porque los grupos en cuestión simplemente carezcan de los recursos o las oportunidades de traducir sus quejas en una acción colectiva sostenida en forma de organizaciones o movimientos sociales. En contextos represivos, la resistencia basada en la comunidad a menudo ha demostrado ser más factible y eficaz que las contestaciones más abiertas realizadas a través de coaliciones o movimientos. Los regímenes represivos (como por ejemplo los de Oriente Medio, pero también el de la España franquista), siempre han tenido más problemas para hacer frente a organizaciones y redes insertas en las culturas y las prácticas tradicionales, custodiadas por las instituciones religiosas o la comunidad local, que a organizaciones y redes que representen las opiniones y voluntades autónomas relacionadas con actividades profesionales, por ejemplo.

Vale la pena subrayar aquí el papel central de la ciudad como lugar donde se producen las formas de resistencia y de sociabilidad no política. En su trabajo sobre Oriente Medio, Bayat por ejemplo ha hecho hincapié en el papel de las calles de las ciudades en la configuración de la acción colectiva de los grupos sociales más desfavorecidos, de una manera que él denomina explícitamente como "no movimiento", es decir, incidiendo en la idea de que su arraigo se da no en organizaciones específicas, sino en la vida cotidiana (Bayat, 2012). Las formas subculturales y comunitarias de coordinación

también parecen particularmente frecuentes entre los grupos sociales cuya atención se centra en la práctica de estilos de vida alternativos, como por ejemplo las comunidades de gays y lesbianas (Melucci, 1996; Armstrong, 2002). En estos casos, la acción a menudo se promueve a través de los vínculos interpersonales que se establecen entre personas que comparten la misma subcultura, en lugar de a través de organizaciones específicas (incluso cuando estas últimas también puede tener un papel: las formas de coordinación suelen coexistir dentro de ámbitos específicos).

Cabe señalar también que los modos comunitarios o subculturales de coordinación no tienen por qué estar asociados a un territorio específico. También pueden tomar un carácter más amplio y/o una dimensión virtual, como sugiere la difusión de nuevas formas de activismo *online*. De hecho, se han llegado a hacer atrevidas afirmaciones que plantean la aparición de una nueva forma de *movimiento social*, el "movimiento social en red" (*networked social movement*), que consistiría básicamente en personas con ideas afines conectados a través de tecnologías de la información (Castells, 2012). También se han identificado nuevas formas de "acción conectiva" (*connective action*), en la que los individuos se vinculan a diferentes proyectos con diferentes combinaciones y según distintas agendas gracias a las infraestructuras puestas a disposición no sólo de las organizaciones existentes, sino, lo más interesante, directamente a través de nuevos medios electrónicos (Bennett y Segerberg, 2013). Ambas cuestiones ponen de manifiesto importantes aspectos empíricos y teóricos. Sin embargo, no estoy tan convencido de la tendencia de estos autores a agruparlos bajo la categoría de "movimiento social", sino que creo que sería más acertado reconocer que dichos procesos son analíticamente diferentes. En concreto creo que desestimar el papel de las organizaciones en los movimientos sociales en favor de los vínculos virtuales entre personas con ideas afines supone olvidar el papel de la dimensión temporal en el análisis de la acción colectiva. Las organizaciones históricamente han sido una fuente más importante de continuidad, confianza y reconocimiento mutuo de sus miembros. Y es a través de sus redes sistemáticas como los movimientos sociales modernos han surgido y se han consolidado, generando desafíos constantes a los poderosos y la creación de las condiciones para los cambios de poder significativos (Tarrow, 2011: cap. 3).

Desde el punto de vista de las formas de coordinación, fenómenos como *Occupy* o los *Indignados*, o incluso la Primavera árabe podrían concebirse en mayor medida como modos de acción colectiva comunitarios (en una noción amplia de comunidad) más que movimientos sociales en sentido estricto. Esto no implica que su importancia sustantiva sea menor, ni supone tampoco olvidar el papel de la red a la hora de hacer que tales formas de acción sean exitosas. Sin embargo, sí implica reconocer que mientras los movimientos sociales modernos han logrado encontrar un equilibrio entre el reconocimiento de su heterogeneidad y la necesidad de coordinación en el medio e incluso el largo plazo, esta capacidad de nivelar hoy en gran medida se ha perdido con los principales acontecimientos recientes, sobre todo desde la emergencia de las protestas de 2011. Resulta ciertamente probable que el modelo histórico de *movimiento social* se dirija hacia un declive irreversible y en este sentido Castells y otros teóricos pueden estar en lo cierto. No obstante, aún serán importantes las fuentes de continuidad para las organizaciones futuras, para las que los agregados de individuos conectados a través de redes informáticas no serán un sustituto de los patrones de

alianzas sostenidas. Por tanto, parece recomendable hacer uso de términos alternativos para señalar sus funciones y características esenciales. Es por este motivo que, en mi opinión, la reflexión sobre estos conceptos todavía puede resultar un ejercicio útil para los analistas de los movimientos sociales, ya sea para aquellos que se encuadren dentro de corrientes *mainstream* o de *corrientes críticas*.

5. Bibliografía

Armstrong, E. A. 2002. *Forging Gay Identities: Organizing Sexuality in San Francisco, 1950-1994*. Chicago: University of Chicago Press.

Bayat, E. 2012. "Politics in the City-Inside-Out" *City & Society* 24 (2): 110-28. doi:10.1111/j.1548-744X.2012.01071.x.

Bennett, W. L., y A. Segerberg. 2013. *The Logic of Connective Action*. Cambridge/New York: Cambridge University Press.

Buechler, S. 2000. *Social Movements in Advanced Capitalism*. New York: Oxford University Press.

Castells, M. 2012. *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*. Cambridge: Polity.

Cox, L., y C. Flesher Fominaya. 2013. "European Social Movements and Social Theory. A Richer Narrative?", pp. 7-29, en *Understanding European Movements*, editado por C. Fominaya y L. Cox. London: Routledge.

Crossley, N. 2002. *Making Sense of Social Movements*. Buckingham: Open University Press.

Della Porta, D, y M. Diani (Eds.). [En prensa]. *The Oxford Handbook of Social Movements*. Oxford: Oxford University Press.

Della Porta, D. y M. Diani. 2006. *Social Movements*. Oxford: Blackwell.

Diani, M. 1992. "The Concept of Social Movement", *Sociological Review* 40(1): 1-25.

Diani, M. 2003. "The Terrestrial Emporium of Contentious Knowledge", *Mobilization: an international journal* 8(1): 109-112

Diani, M. 2012. "Modes of Coordination of Collective Action: What Actors in Policy Making?", pp. 101-123, en *Networks in Social Policy Problems*, editado por M. Scotti y B. Vedres. Cambridge/New York: Cambridge University Press.

Diani, M. 2013. "Organizational Fields and Social Movement Dynamics", en *The Future of Social Movement Research: Dynamics, Mechanisms, and Processes*, editado por Van Stekelenburg, Roggeband, y Klandermans, 145-68. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Diani, M. 2015. *The Cement of Civil Society: Studying Networks in Localities*. Cambridge/New York: Cambridge University Press.

Diani, M, y O.Cisar. 2014. "The Emergence of a Social Movement Research Field", pp. 173-195, en *Routledge Handbook of European Sociology*, editado por S. Kodornios y A. Kyrtsis. London/New York: Routledge.

- Diani, M., I. Lindsay, y D. Purdue. 2010. "Sustained Interactions? Social Movements and Coalitions in Local Settings", pp. 219-238, en *Strategic Alliances: New Studies of Social Movement Coalitions*, editado por Van Dyke y Holly McCammon,. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Eder, K. [En prensa]. "Social Movements in Social Theory", en *The Oxford Handbook of Social Movements*, editado por Della Porta y Diani. Oxford: Oxford University Press.
- Flam, H. [En prensa]. "Micromobilization and Emotions", en *The Oxford Handbook of Social Movements*, editado por Della Porta y Diani. Oxford: Oxford University Press.
- Fligstein, N. y D. McAdam. 2012. *A Theory of Fields*. Oxford/New York: Oxford University Press.
- Gerlach, L. 1971. "Movements of Revolutionary Change. Some Structural Characteristics", *American Behavioral Scientist* 43: 813-36.
- Goodwin, J.; J. M. Jasper y F. Polletta (Eds.). 2001. *Passionate Politics*. Chicago: Chicago University Press.
- Krinsky, J. y N. Crossley. 2014. "Social Movements and Social Networks: Introduction", *Social Movement Studies* 13(1): 1-21.
- McAdam, D.; S. Tarrow y C. Tilly. 2001. *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McCarthy, J. D. y M. N. Zald. 1977. "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory", *American Journal of Sociology* 82(6): 1212-41.
- Melucci, A. 1989. *Nomads of the Present : Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. London: Hutchinson.
- Melucci, A. 1996. *Challenging Codes*. Cambridge/New York: Cambridge University Press.
- Mische, A. 2008. *Partisan Publics*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Sartori, G. (Ed.). 1984. *Social Science Concepts*. London: Sage.
- Snow, D. A.; D. della Porta; B. Klandermans y D. McAdam (Eds). 2013. *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*. Oxford: Blackwell.
- Snow, D. A., S. Soule y H. Kriesi. 2004a. "Mapping the Terrain", en *The Blackwell Companion to Social Movements*, pp. 3-16, editado por D. Snow, S. Soule y H. Kriesi. Oxford: Blackwell.
- Snow, D. A. 2004b. *The Blackwell Companion to Social Movements*. Oxford: Blackwell.
- Tarrow, S. 2011. *Power in Movement (3rd Ed.)*. New York/Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, C. 1978. *From Mobilization to Revolution*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Tilly, C. 1984. "Social Movements and National Politics", pp. 297-317, en *State-Making and Social Movements*, editado por C. Bright y S. Harding. Ann Arbor: University of Michigan Press.

- Tilly, C. 1994. "Social Movements as Historically Specific Clusters of Political Performances", *Berkeley Journal of Sociology* 38: 1-30.
- Tilly, C. y S. Tarrow. 2007. *Contentious Politics*. Boulder, CO: Paradigm.
- Touraine, A. 1981. *The Voice and the Eye*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Turner, R. H. 1988. "Collective Behaviour and Resource Mobilization as Approaches to Social Movements: Issues and Continuities", pp. 28-45, en *Research in Social Movements, Conflict and Change*, editado por L. Kriesberg. Greenwich Conn: JAI Press.
- Turner, R. H, y L. Killian. 1987. *Collective Behaviour*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Van Dyke, N y H. McCammon (Eds.). 2010. *Strategic Alliances: New Studies of Social Movement Coalitions*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Zald, M. N. y R. Ash. 1966. "Social Movement Organizations: Growth, Decay and Change", *Social Forces* 44(3): 327-340.
- Zald, M. N. y J. D. McCarthy. 1980. "Social Movement Industries: Competition and Cooperation Among Movement Organizations", *Research In Social Movements, Conflict and Change* 3: 1-2.